

Historiografía italiana e interpretaciones del fascismo

Francesco Traniello

1. En la introducción a *Le interpretazioni del fascismo*, que fue publicada por primera vez en 1969, cuando ya se habían sacado los dos primeros volúmenes de su biografía de Mussolini, Renzo De Felice tuvo la ocasión de observar que «da alcuni anni» la situación de la historiografía sobre el fascismo estaba cambiando. Este cambio, en su opinión, se debía a tres factores principales.

En primer lugar, el sentido de inadecuación de las tres interpretaciones «clásicas», según su propia definición, del fascismo, que se podía resumir en estos términos: *a*) la interpretación del fascismo «come prodotto della crisi morale della società europea della prima metà del Novecento» (el fascismo como enfermedad moral); *b*) la interpretación del fascismo «come prodotto dei ritardati e atipici processi di sviluppo economico e di unificazione nazionale di alcuni paesi europei, Italia e Germania in testa» (el fascismo como puesta en evidencia de deficiencias históricas estructurales y/o culturales); *c*) la interpretación marxista del fascismo «come stadio senescente del capitalismo o, almeno, come prodotto estremo della lotta di classe» (el fascismo como contrarrevolución burguesa).

En segundo lugar, De Felice hacía referencia a las aportaciones dadas al estudio del fascismo por parte de las ciencias sociales, en particular las que en los años cincuenta y sesenta se habían dedicado al análisis de la sociedad de masa, del comportamiento colectivo y del desarrollo económico.

En tercer lugar, finalmente, el autor ponía en relieve la insatisfacción por el uso indiscriminado de la definición de «fascismo» y por su

extensión a regímenes y movimientos muy heterogéneos. Al terminar su introducción el autor observaba además que el debate histórico sobre el fascismo ya no podía quedarse al mero «stadio interpretativo», y que su tarea era más bien la de «ricostruire la storia dei singoli fascismi».

Con estas últimas palabras quería afirmar que se había acabado la época de las interpretaciones globales y mono-causales y que había empezado, en cambio, la del estudio del fenómeno fascista y de sus dinámicas internas. Desde el perfil metodológico las solicitudes avanzadas por De Felice eran fundamentalmente de dos tipos: en primer lugar, que la historiografía se dedicara en prevalencia a un estudio analítico basado en la documentación; en segundo lugar, que no se considerara el fascismo como un fenómeno monolítico, ya que era necesario «sceverarne la complessa realta, mettendone in luce le componenti e la loro dialettica».

No creo que De Felice quisiera ocultar los aspectos interpretativos en la historia del fascismo, ya que su intención era más bien la de invertir la relación entre investigación documental y cánones interpretativos: de hecho, éste afirmaba que la primera tenía que preceder y alimentar los segundos, y se oponía a la idea que el fascismo pudiese ser reconducido a una sola dimensión caracterizante, o interpretado según una categoría dominante en la que él veía el reflejo de uno o más prejuicios ideológicos. Sin embargo, es preciso preguntarse si la línea historiográfica sugerida por De Felice, de ser llevada hasta sus consecuencias extremas, no produjera el efecto de imposibilitar una definición del fascismo como fenómeno dotado de su propia identidad histórica (aunque «compleja»), y si en el delicado equilibrio entre reconstrucción de los sucesos históricos y su «justificación» esa línea no llevará, aunque involuntariamente, hacia esta última dirección.

Para evitar un efecto de este género De Felice se proclamaba firmemente contrario al revisionismo, afirmando que «il giudizio storico complessivo sul fascismo non poteva essere certo mutato né sostanzialmente rivisto»; sin embargo, los presupuestos iniciales podían perfectamente llevar a conclusiones contrarias.

No voy a detenerme en el tema de la fortuna crítica, del método y de la amplia obra de De Felice, que ha acabado por ser un verdadero caso historiográfico; sin embargo, hay que destacar que el texto de *Le interpretazioni del fascismo* desmentía algunas de las afirmaciones presentes en su introducción, o que, al menos, podía dar lugar a diferentes lecturas.

Antes de todo, ese texto tan denso de referencias bibliográficas documentaba que las tres interpretaciones «clásicas» del fascismo se habían hecho, con el tiempo, cada vez más articuladas y menos esquemáticas que en su enunciación sintética. El hecho de reconducir cada una de ellas a una ideología de referencia podía tener un significado de tipo clasificatorio, pero se corría el riesgo de perder de vista los instrumentos interpretativos que la larga investigación sobre el fascismo había producido también en el campo historiográfico. De hecho, el propio De Felice se declaraba sinceramente en deuda con algunas de las anteriores interpretaciones del fascismo: como las que están delineadas en el ensayo sobre el *Naziona? fascismo*, publicado en 1923 por Luigi Salvatorelli, o en las intervenciones de Palmiro Togliatti sobre el fascismo (que se remontan al final de los años veinte y a los primeros años treinta), o, finalmente, en la obra *Nascita e avvento del fascismo* de Angelo Tasca (de 1938). Además, en el trabajo de De Felice se evidenciaba cómo la aportación de dichas ciencias sociales en el análisis del fascismo se remontaba a una época muy anterior a los años cincuenta y sesenta. Más en general, las razones del viraje que se perfilaba en los estudios sobre el fascismo revelaban una fuerte vena autobiográfica.

Con estas observaciones no voy a negar que existiera alguna discontinuidad en la historiografía sobre el fascismo, como De Felice iba perfilando a finales de los años sesenta: en lo que se refiere a la periodización, de hecho, el historiador italiano acertaba su hipótesis; sin embargo, después de treinta años se puede comprobar cómo las causas y los efectos hayan sido parcialmente distintos de los que él indicó.

2. Las condiciones de una transformación de la historiografía sobre el fascismo se deben, en primer lugar, al mismo desarrollo de los estudios, cuyo camino voy a proponer brevemente, concentrando mi atención en la producción italiana y en sus relaciones con la extranjera.

Antes de los últimos treinta años los estudios sobre el fascismo estuvieron caracterizados, en líneas generales, por tres fases distintas, cada una de las cuales contrasignada por contextos históricos y mareos analíticos muy diferentes: a) la fase de los orígenes, que corresponde al ascenso del fascismo en Italia y a su transformación en «régimen»: en esta época, el fascismo se presentó, y fue considerado, como un fenómeno arraigado en el contexto italiano, imposible de entender fuera de eso y estrictamente vinculado con la historia nacional; b) la fase -en parte coincidente con la primera- de la internacionalización

del fascismo, que corresponde por un lado a la difusión, en ámbito europeo, del fascismo como «mole» político e ideológico, y por el otro, a una nueva definición de los cánones interpretativos que se referían a ello; c) la fase posbélica (y posfascista), que corresponde al final catastrófico de los «fascismos» en Italia y Europa y, analíticamente, a la exigencia de estudiar el fascismo no solamente como momento de la historia italiana, sino también como categoría general de la historia del siglo XX.

En todas estas fases el tema del fascismo conoció transformaciones profundas de natura conceptual que se reflejaron en la historiografía. Resulta imposible hoy en día recorrer su trayectoria sin tener en cuenta el hecho de que el objeto mismo de la investigación se reveló ser controvertido, de manera que el estudio del «fascismo» acabó por ser directamente condicionado por los distintos sentidos que esta palabra adquirió.

Como ya he dicho antes, la primitiva historiografía sobre el fascismo fue contemporánea a la subida al poder por parte del fascismo: esa línea se inspiró y se puso en marcha a raíz del violento debate público y periodístico que se había producido, *el/)(ur cause*, desde el nacimiento del movimiento fascista en 1919 hasta las leyes «fascistissime» de 1925-1926, pasando por la «marcia su Roma» y el primer gobierno de Mussolini en 1922; sus protagonistas fueron un grupo de líderes políticos e intelectuales militantes que habían sido derrotados y perseguidos personalmente por el fascismo por sus posturas políticas. Por tanto, fueron personajes expatriados los que dieron a luz las primeras obras de carácter histórico sobre el fascismo, en directa conexión con los precedentes acontecimientos de la lucha política en Italia y, posteriormente, de la emigración antifascista. Estas obras constituyeron la continuación de una batalla ideal que a partir de ese momento se continuaría con otros medios y en nuevos contextos: todas ellas se publicaron fuera de Italia y en lenguas extranjeras. Me refiero, en particular, a *Italy and Fascism*, de Luigi Sturzo, publicado por primera vez en Londres en 1926 y traducida al alemán, al francés y al español; *The Fascist Dictatorship in Italy*, de Gaetano Salvemini, también editada en Londres en 1928 (se trata del primer trabajo orgánico sobre el fascismo publicado por el historiador italiano, quien dedicaría varios otros al mismo tema, también en forma de conferencias académicas por la Universidad de Harvard): también me refiero a *Le régime fasciste italien*, de Francesco L. Ferrari, que salió publicado en París en el curso del

mismo año, a *Les transformations récentes du droit public italien. De la Charte de Charles-Albert à la création de l'Etat fasciste*, de Silvio Trentin, publicada en París en 1929, y a la ya citada *Naissance du fascisme. L'Italie de 1919 à 1922*, de Angelo Tasca, del año 1938.

Este breve resumen permite explicar las comunes características de los susodichos trabajos. En primer lugar, éstos se proponían presentar el fascismo a un público mayoritariamente no italiano, también con la intención de transmitir una imagen del fascismo opuesta a la que la propaganda fascista difundía; sin embargo, no se trataba de verdaderas obras de contrapropaganda, debido sobre todo al notable nivel cualitativo en el que se reflejaba una imponente meditación política parcialmente autobiográfica. La cuestión a la que estas obras intentaban dar una respuesta era de carácter fundamentalmente genético: ¿por qué el fascismo había nacido y se había impuesto en Italia? Su objetivo era buscar causas que no fuesen accidentales de un fenómeno bien determinado desde el punto de vista espacio-temporal y, sin embargo, inesperado e incluso desconocido por los extranjeros. Dicha instancia de racionalización implicaba una perspectiva analítica centrada en la relación entre fascismo e historia italiana: por medio de ésta se intentaba, por un lado, demostrar que la victoria del fascismo no había sido nefasta ni tampoco irreversible; por el otro, hacer del fascismo un fenómeno «comprensible», encajándolo dentro de categorías ya formalizadas (como dictadura, absolutismo, cesarismo, transformismo, contrarrevolución de clase). La última de las obras mencionadas —la de Tasca— resumía en cierto modo su común significado eurístico, sobre todo a la hora de señalar que «definire il fascismo è anzitutto scriverne la storia» (aunque en realidad era más bien la historia de su génesis, ya que el trabajo se interrumpía en 1922). Sin embargo, la obra de Tasca, publicada posteriormente a las demás, presenta especiales motivos de interés, al avanzar la cuestión de una teoría general del fascismo que «non potrebbe emergere che dallo studio di tutte le forme del fascismo». En este sentido, el estudio constituyó un *trait d'union* entre la primera y la segunda fase de la historiografía sobre el fascismo.

El carácter específicamente italiano del fascismo, es decir, la idea de su arraigamiento en la historia nacional, representó el paradigma interpretativo que cualificó, en coincidencia con la publicación de las primeras obras de corte histórico, el análisis del fascismo realizada por otros líderes y grupos de transfugas en escritos e intervenciones de tipo doctrinal: entre ellos habría que citar, a raíz de su duradera

influencia en campo historiográfico, por lo menos los miembros del movimiento «Giustizia e Libertà» de Carlo Rosselli, quien recogió la herencia de Piero Gobetti, desarrollando su análisis crítico del fascismo como «autobiografía della nazione», y las tesis sobre el fascismo enunciadas por Palmiro Togliatti en el ámbito de la Tercera Internacional. Las tesis del líder comunista se proponían además el objetivo de arremeter contra la generalización que en el Comintern «si faceva abitualmente servendosi del termine fascismo», identificado en aquella sede con cualquier forma de reacción. Lejos de ocultar la naturaleza elástica del fascismo, Togliatti negaba sin embargo que se tratara «unicamente [di] reazione capitalista» y subrayaba asimismo la «complejidad» del fenómeno, evocando las componentes que lo habían convertido en un movimiento de masa y el carácter específico del capitalismo italiano «a struttura debole», que tenía una natural inclinación a «servirsi del fascismo» y a «identificarsi con esso». A pesar de situarse dentro de la teoría leninista de la «crisis del mundo capitalista» y de su general impulso hacia el imperialismo, Togliatti estaba convencido de que el fascismo no se hubiese podido implantar en un tejido histórico y social totalmente distinto al italiano. Paralelamente a Togliatti, pero de una manera forzosamente autónoma, a raíz de su condición de detenido político, el otro líder (mejor: ex líder) comunista Antonio Gramsci asumía la cuestión del fascismo triunfador como punto de partida para una reflexión sobre la historia de Italia —y también para la redefinición de los cánones marxistas de análisis histórico-político— que confluía en una serie de treinta y dos cuadernillos manuscritos cuya publicación solamente se produjo en la segunda posguerra.

Resulta muy llamativo el hecho que a la precocidad y abundancia de producción histórica sobre el fascismo llevada a cabo por sus antagonistas no corresponda igual profusión de auto-representaciones historiográficas por parte del propio fascismo. De hecho, la única voz acreditada de historiador fascista del fascismo fue la del medievalista Gioacchino Volpe, quien dio del fascismo una lectura de tipo nacional-populista. Dicha laguna solamente puede ser explicada en el marco general de la ideología fascista y de su relación con la historia —como ya observó Karl Mannheim en 1929— en el ámbito, pues, de una teoría del fascismo como «modelo» ideal que introducía además un cambio sustancial de la perspectiva analítica.

3. El estudio del fascismo como fenómeno político inexplicable fuera de la realidad social, económica e institucional italiana (en la

que sólo encontraba su «razón de ser») no tenía suficientemente en cuenta el hecho que el fascismo se había impuesto como movimiento y como sistema de poder en una época de rápida transformación de las categorías y de los aparatos conceptuales dominantes en la cultura occidental. El fascismo parecía reflejar especialmente esa crisis de las diferentes visiones del mundo de tipo historicista que habían constituido, hasta el momento los fundamentos de la cultura europea: a raíz de eso, llegó a convertirse precozmente en el campo de aplicación de métodos y códigos concebidos, por un lado, por las nuevas disciplinas «científicas» (desde la psicología social hasta la ciencia política), y por el otro, gracias a la nueva definición de los universos teóricos o ideológicos. La correlación, no solamente temporal, entre el ascenso y la victoria del fascismo en Italia y la fractura de los cánones cognitivos tradicionales -ensanchada y acelerada por la gran crisis bélica y por la oleada revolucionaria empezada en Rusia- convirtió el fascismo en un objeto de investigación especialmente fecundo gracias a nuevas constelaciones conceptuales, como *sociedad de masa* y *totalitarismo*, que penetraron en el lenguaje de las ciencias y en el de las teorías sociales, justamente en la época fascista: uno de los primeros ejemplos, y de los más acreditados, de este fenómeno está constituido por el ensayo de Ortega y Gasset *Sobre el fascismo*, publicado en 1925, que anticipó las tesis de *La rivolta delle masse*.

Por este camino, el fascismo, aún más que el propio comunismo, entró a formar parte de la literatura internacional como símbolo de la crisis del 900 debido a su colocación en el área occidental, liberal y capitalista, y también a raíz de su íntima naturaleza de «revolución» de tipo nuevo, despojada de cualquier orgánica doctrina revolucionaria.

Esta tendencia, que buscaba más bien los rasgos generales y las constantes del fascismo, nacía de una pregunta tipológica o sistemática más que histórico-genética. Por tanto, la cuestión ya no era «¿por qué el fascismo ha triunfado en Italia?», sino «¿cuál es el carácter esencial del fascismo?». La cuestión, que en realidad ya estaba presente en el marco del debate histórico-político, adquirió aún más fuerza a raíz de la difusión, en ámbito continental, de movimientos y, posteriormente, de regímenes que no solamente presentaban importantes afinidades con el fascismo italiano, sino que también se inspiraban en ello: en primer lugar, el nacionalsocialismo alemán, cuya explicación parecía todavía más problemática que la del fascismo italiano. Este fenómeno posibilitó y aceleró una radical redefinición semántica del término: «fascismo»

se convirtió en un «tipo» ideal, cuya relación con el contexto original italiano se hizo cada vez más impalpable y confusa.

De fenómeno político circunscrito, pues, el fascismo pasó a ser una categoría general de la historia del 900. La creación de alianzas internacionales entre los regímenes «fascistas», la trayectoria de la segunda guerra mundial y, finalmente, su representación como «guerra de civilización», convalidaron la transmigración conceptual de la definición de «fascismo». Al haber entrado en el uso lingüístico y ermeneúutico de la literatura internacional (además que en el debate ideológico que esa literatura producía) esta nueva definición de «fascismo» encontró, pues, una expresión italiana en la tesis de Benedetto Croce, que apareció publicada en 1943 por un famoso periódico americano, según la cual el fascismo constituía la representación de la enfermedad moral que había perturbado la conciencia europea bajo el efecto de las teorías decadentistas, irracionalistas y vitalistas. Según el propio Croce, no se podía considerar el fascismo como «un fatto esclusivamente italiano», ni un «*morbus italicus*, ma un morbo contemporaneo, che l'Italia per prima aveva sofferto». La relación del fascismo con la historia italiana se reducía, pues, a una ventaja cronológica contingente, lo cual originaba la idea de que el fascismo constituyera un simple paréntesis para Italia y Europa. La fórmula de la «enfermedad moral» era funcional a un mensaje que se proponía de separar las responsabilidades de los italianos de las del fascismo y útil para reforzar la visión política que trataba de restablecer una continuidad institucional e ideal entre Italia pre-fascista e Italia post-fascista; dicha fórmula -cuya lectura metapolítica estaba destinada a un importante éxito- implicaba además un desplazamiento de la perspectiva interpretativa de los factores estructurales e histórico-políticos hacia el terreno del pensamiento y de la ética, contribuyendo de esta manera a desenganchar la imagen del fascismo de un marco histórico bien determinado.

4. Cuando después del final de la Segunda Guerra Mundial y de la derrota de los «fascismos» pudo ponerse en marcha una más activa fase de estudios estaban reunidos, bajo la enseña de «fascismo», los significados más disparatados. De fenómeno circunscrito en el espacio histórico de una nación relativamente marginal como Italia el fascismo se había convertido, sobre todo fuera de Italia, en una categoría sintética y general de la historia del 900. La historia de las sucesivas interpretaciones del fascismo se caracterizó por la relación, pero también por la difícil convivencia de estas dos maneras de concebirlo.

En Italia, donde el fascismo se había desarrollado y había triunfado como régimen durante veinte años, su estudio no podía prescindir de su concreta historicidad, es decir, que el fascismo se había traducido de específicas formas políticas, sociales y económicas en estilos de vida y de pensamiento, se había convertido en Estado, opinión, memoria, instituciones y leyes, y también había permanecido en el poder durante un tiempo mucho más largo que los «fascismos» europeos. Sin embargo, investigar el fascismo desde una perspectiva histórica no era **ni podía ser** una exigencia de natura exclusivamente cognitiva, ya que nacía de la instauración de un nuevo orden democrático que había surgido de las ruinas del fascismo después de una guerra catastrófica y después de una guerra civil y de liberación y que había encontrado en el antifascismo (es decir, en la declarada discontinuidad con el régimen fascista) su propia fuente **aunque no unívoca** de legitimación. En el marco de un nuevo orden político y constitucional, el antifascismo desempeñó un papel decisivo como base formal de un «*accordo sui fondamenti*» que permitiera la convivencia de grupos políticos que estaban caracterizados por un desacuerdo ideológico sobre los fines de la democracia y que pertenecían a tradiciones políticas y culturales distintas y quizá opuestas a la liberal. En este sentido, en el período posbélico la historiografía italiana sobre el fascismo estuvo impregnada por una fuerte instancia política y, en cierto sentido, partidaria; pese a esto, sin embargo, no se puede decir que haya sido pobre o carente de valor eurístico. Al contrario, sus paradigmas interpretativos fueron los mismos que se habían desarrollado entre las dos guerras, pero en un contexto ya totalmente distinto que permitía no solamente observar toda la trayectoria del fascismo en Italia y analizar su incidencia de más larga duración en la sociedad italiana, sino también considerar el fascismo como un fenómeno no exclusivamente italiano.

Si se observan en conjunto los productos de la historiografía italiana sobre el fascismo entre el 1945 y los finales de los años sesenta se pueden distinguir algunos rasgos comunes, 10 cual produce la sensación de que no se aprovecharon todas las ocasiones ofrecidas por la nueva situación.

Antes de todo, por lo que se refiere al aspecto temático, conocieron un nuevo desarrollo los estudios sobre las orígenes del fascismo en coincidencia con la crisis de la sociedad italiana después de la «Grande guerra» (Sabbatucci). Por tanto, el objeto principal de estas obras no fue tanto la historia del régimen y del sistema fascista, sino **otra**

vez- el análisis de las condiciones, de la articulación de las fuerzas y de las dinámicas políticas y sociales que habían posibilitado la instauración del régimen. Estas investigaciones, a las que correspondieron los primeros estudios sobre los movimientos y los partidos que habían constituido el esqueleto de la República italiana, levantaron la cuestión del derrumbamiento del orden liberal y de las conexiones estructurales y culturales entre la época pre-fascista y la época fascista. Entre la obra de Paolo Alatri, *Le origini del fascismo*, publicada en 1956, que comprende estudios realizados a partir de 1948, y el ensayo más analítico de Roberto Vivarelli, *Il dopoguerra in Italia e l'avvento del fascismo*, salido en 1968, se desarrollaron una serie de estudios que enfocaban su atención en la época comprendida entre la «Grande guerra» y 1925, evidenciando cierta predilección para el período de la Primera Guerra Mundial (indicado cada vez más frecuentemente como la raíz del fascismo), más que para el régimen triunfante (Nino Valeri, Giampiero Carocci, Franco Catalano, Stefano Merli, Paolo Spriano, Gaetano Alfé, Gabriele De Rosa, Pietro Melograni, Franco Gaeta, Brunello Vigezzi, Renzo De Felice). Los sectores historiográficos que más se centraron en la fase inicial del fascismo fueron sobre todo aquellos cuya metodología estaba basada en el análisis a largo plazo, como, por ejemplo, las historias de la economía (G. Gualerni, Rosario Romeo, Paolo Sylos Labini) y de la política exterior (Ennio Di Nolfo, Giampiero Carocci); al contrario, se descuidó casi totalmente la historia del Estado fascista, al menos hasta la publicación, en 1965, del trabajo pionero de Alberto Aquarone, *L'organizzazione dello Stato totalitario*; de la misma manera, quedó olvidada la historia del propio partido fascista, que, en principio, tendría que haber constituido el eje del régimen.

La fuerte desproporción en el desarrollo de los distintos ámbitos historiográficos explica también la escasez, en esta fase, de obras de conjunto sobre el fascismo que estuvieran dotadas de un implante eficaz. Las excepciones más destacadas están constituidas por el segundo volumen de lo que representa un perfil político más amplio de la historia de Italia y que fue llevado a cabo por Giacomo Perticone para ser publicado ya en 1945 bajo el título *La crisi della democrazia e la dittatura fascista*; por el volumen de Luigi Salvatorelli y Giovanni Mira, que en la edición original de 1952 estaba intitulado *Storia del fascismo* y en la segunda (1956) *Storia d'Italia nel período fascista*, y, finalmente, por algunas que otras síntesis, tan importantes como esquemáticas, entre las cuales destacan las conferencias que Federico Chabod dio en la

Sorbona en 1950 -editadas en Italia en 1961 bajo el título *L'Italia contemporanea* (1918-1948)- Y la *Storia del fascismo*, de Giampiero Carocci, publicada en 1959; por tanto, para encontrar otro estudio histórico general del fascismo hay que esperar hasta *La storia del movimento e del regimefascista*, de Enzo Santarelli, de 1967.

Al contrario, si en lugar de los temas investigados se analiza la orientación de la mayoría de las obras de la postguerra, resulta evidente que, pese a la gran variedad de implante teórico, todas ellas se caracterizaban por colocarse en posición opuesta con respecto a la tesis «crociana», que veía en el fascismo un paréntesis en la historia italiana. La mayor parte de aquella historiografía se situaba, al contrario, en un punto intermedio entre los que seguían los modelos interpretativos «neo-marxistas» (profundamente influenciados por la publicación, entre 1948 y 1951 de los *Quaderni del carcere*, de Antonio Gramsci) y los que tendían a buscar los orígenes del fascismo en la historia política e institucional del Estado unitario, según la línea trazada por la cultura democrática radical o liberal-socialista del «Partito d'Azione», que había sido, junto a los comunistas, el protagonista del movimiento de liberación y posteriormente había desaparecido de la escena política, aunque no de la vida cultural. Ese punto de encuentro estaba constituido por la individuación de los factores de continuidad y persistencia en la historia nacional y por la representación del fascismo como fenómeno intrínsecamente reaccionario, disimulado por una ideología verbalmente subversiva. Según la historiografía neo-marxista y gramsciana, dicha continuidad concernía, en primer lugar, las relaciones de clase y el modelo italiano de desarrollo capitalista, siendo evidente que la esencia reaccionaria del fascismo hallaba fundamentalmente en su carácter anti-proletario. La historiografía de inspiración «azionista», en cambio, individuaba los principales elementos de continuidad en la conformación de la clase política, en sus persistentes cerrazones conservadoras (con la parcial y controvertida excepción de Giolitti) y en la estructura autoritaria de las instituciones y de la administración pública (monarquía, burocracia, ejército), incapaces de reaccionar positivamente a los impulsos de democratización que la Primera Guerra Mundial había promovido: de esta manera, fue la naturaleza antidemocrática lo que hizo del fascismo un fenómeno reaccionario. Sin embargo, las dos trayectorias historiográficas, que manifestaban evidentes puntos de unión, no se desarrollaron de manera uniforme y, sobre todo, tuvieron que medirse con algunos puntos que seguían siendo problemáticos.

En primer lugar, resultaba difícil negar que el fascismo hubiese representado una fractura en el orden del Estado liberal, presentando caracteres de un anti-liberismo radical, y esto a pesar de los intentos, por parte de algunos miembros de la cultura idealista -sobre todo Giovanni Gentile-, de leer el fascismo como la encarnación de la tradición del Resurgimiento italiano: el debate sobre la continuidad histórica tenía que echar/hacer las cuentas con la discusión sobre la discontinuidad, al menos a nivel ideológico, de la clase política y del tejido institucional (una discontinuidad que estaba estrictamente relacionada con la cuestión del nacionalismo y de sus estímulos «statalisti» y anti-liberales). Afirmar que el fascismo había sido incubado por la Italia liberal, pues, era otra cosa que considerarlo un momento de interrupción y inversión de un desarrollo en sentido democrático que la Italia liberal ya podía expresar.

En segundo lugar, la percepción -que procedía de la primitiva historiografía sobre el fascismo- del papel desempeñado bajo el fascismo por las clases medias -aunque definidas e identificadas según distintos criterios- introducía una cuestión de notable importancia en el esquema interpretativo que se fundaba en la teoría de la lucha de clase, hasta el punto de amenazar su centralismo eurístico, o, por lo menos, poner en discusión la representación del fascismo como expresión política del gran capital italiano y del latifundio. Desde este punto de vista, la historiografía sobre el fascismo se cruzaba con los primeros importantes estudios sobre las transformaciones de la base económica y de las relaciones de propiedad ocurridas entre las dos guenas: se podrían citar en este sentido los trabajos de P. Grifone sobre el capital financiero en Italia, o los estudios de Emilio Sereni y de Manlio Rossi Doria sobre las propiedades de tierra, o los de Pasquale Saraceno relativos a los desequilibrios territoriales en el desarrollo económico y a la cuestión meridional. Asimismo, la historiografía empezó a experimentar, aunque indirectamente, la influencia ejercida por la crítica neo-liberal hacia la interpretación gramsciana del Resurgimiento y de los caracteres del sistema capitalista italiano, que fue formulada por Rosario Romeo a mediados de los cincuenta. Por tanto, no es de maravillarse que surgieran precoces controversias historiográficas sobre el nexó orgánico entre gran capital y fascismo y sobre la política económica y social del régimen, un terreno, por cierto, al que la propia historiografía comunista italiana se había acercado con cierta cautela.

En cuanto a la dimensión europea del fascismo y a la relación entre fascismo y «fascismos», cabe destacar, en línea general, que la

historiografía italiana de la posguerra estuvo ausente durante mucho tiempo del debate internacional, mostrándose poco permeable a las temáticas comparativas y teóricas, ya sea por su persistente hostilidad hacia el empleo de los métodos y de los paradigmas de las ciencias sociales, ya sea por la exigencia de encajar, de manera estable, el fascismo en la historia nacional, hasta el punto de resolverlo en ésa: algunos de los títulos de las obras mencionadas muestran cómo todavía no hubiese quedado claro si el objeto de la investigación era la historia de Italia en el período fascista o, al contrario, la historia del fascismo como sistema ideológico y político.

5. Es suficiente una rápida mirada a las bibliografías más recientes sobre el fascismo (como el volumen *Storiografia e fascismo*, coordinado por O. Clementi, M. Legnani y C. Robertazzi y publicado en 1985, que recoge casi 900 títulos, o la amplia *Bibliografia orientativa del fascismo*, editada con otros criterios en 1991, bajo la dirección de Renzo De Felice: no obstante, ambas obras llegan hasta 1984) para comprobar que desde el final de los años sesenta la historiografía italiana sobre este tema conoció una importante expansión a nivel cuantitativo, proponiendo una gran variedad de temas, contenidos y métodos. Para el desarrollo de un fenómeno tan macroscópico fue fundamental el incremento de la enseñanza universitaria de historia contemporánea, que había sido obstaculizada durante mucho tiempo por la cultura académica y por la creación de revistas nuevas -como «Storia contemporanea», dirigida por Renzo De Felice y fundada en 1970, o la «Rivista di storia contemporanea», bajo la dirección de Guido Quazza, cuyo primer número data de 1971- o surgidas a raíz de la transformación de periódicos ya existentes -como la *Rivista di storia del movimento di liberazione in Italia* que desde 1974 se llamó *L'Italia contemporanea*- que concentraron en el fascismo una parte considerable y en algunos casos indudablemente predominante, de su atención.

Por tanto, resulta muy difícil ofrecer un balance, aunque sintético, de la impresionante cantidad de estudios que ha producido la historiografía sobre el fascismo en estos últimos treinta años. En el intento de simplificar las cosas se podría caer fácilmente en la tentación de atribuir el mérito a los dos historiadores que dirigieron estas revistas durante más de veinticinco años y que desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de estos nuevos estudios, es decir, Renzo De Felice, fundador y director de *Storia contemporanea*, y Guido Quazza, a su vez fundador y director de *Rivista di storia contemporanea* y pre-

sidente dell'Istituto nazionale per la storia del movimento di liberazione dell'Italia. Sin embargo, eso significaría cometer una injusticia a su obra de inteligentes fundadores, ya que ellos no quisieron ofrecer una dirección unívoca –y tal vez ni siquiera tenían capacidad para ello– a los estudiosos que les rodeaban y que sucesivamente, en varios casos, incluso se alejarían de su línea historiográfica; cabe destacar, además, que una parte no menos importante de esta inmensa producción escogió otros caminos, ya sea para relacionarse a precedentes filones –como la revista del *Istituto Gramsci* «Studi storici» y otros periódicos–, ya sea instituyendo una relación más estrecha con la cultura historiográfica extranjera, sobre todo anglosajón y americana, pero también alemana, que desde entonces, y a diferencia del período precedente, se entrelazó orgánicamente a la italiana: me refiero, para citar a algunas personalidades pertenecientes a tendencias y metodologías muy distintas, a Mack Smith, Nolte, Moore, Mosse, Maier, Woolf, Lyttelton, Schieder y Peterson.

De investigar los factores y los contextos que posibilitaron la apertura de este filón historiográfico no se podrían esconder los aspectos ya señalados por De Felice en su estudio de 1969; al contrario, habría que atribuir la justa consideración a la mutación de clima y de coordenadas culturales e ideológicas que se produjo, en escala internacional, al final de los sesenta, y que encontraron su parcial, aunque sintomática, manifestación en los llamados movimientos del sesenta y ocho. Dicha mutación, por lo que respecta a nuestro tema, dio lugar a un doble efecto extremadamente importante. En primer lugar puso en crisis los paradigmas que hasta entonces habían inspirado la mayor parte de las interpretaciones italianas del fascismo, dado que adulteró los presupuestos políticos y melló, de manera aún más profunda, la estructura historicista de las culturas en la que se fundaban las interpretaciones del fascismo como interrupción y revolcón de un camino histórico hacia una «modernidad» indiscutiblemente progresiva. No voy a decir que fue en ese momento que entró en crisis el «paradigma antifascista» que dominaba las interpretaciones del fascismo, pero sí fue entonces que se apreciaron por primera vez sus límites ermenéuticos. En segundo lugar, esa mutación de coordenadas culturales replanteó con fuerza, también en Italia, el tema del fascismo como categoría general de la historia del 900, extendiendo sin límites su aplicación (lo que provocó la legítima reacción por parte de De Felice), pero imponiendo también una revisión de los aparatos conceptuales de la historiografía.

Creo que el significado paradigmático de la obra de De Felice y Quazza, que se pueden considerar los referentes simbólicos de aquella fase historiográfica, está representado por el común intento, con resultados contrarios, de releer la cuestión del fascismo en el marco de aquel cambio de clima político-cultural.

Los aspectos más relevantes de las innovaciones introducidas por De Felice -aparte del empleo de una enorme documentación inédita, básicamente procedente de fuentes fascistas públicas y privadas- residían principalmente en la superación de la época inicial del fascismo, que el propio De Felice llevó a cabo con el segundo tomo del segundo volumen de su biografía de Mussolini, *L'organizzazione dello Stato fascista* (1925-1929), publicado en 1968, y sobre todo con el primer tomo del tercer volumen, *Gli anni del consenso* (1929-1935), de 1974; un año después, en *Intervista sul fascismo* (1975), el autor precisó, con matices polémicos que endurecían el sentido de sus mismas líneas interpretativas, los convencimientos y las posturas historiográficas que había ido desarrollando a partir del primer tomo de la biografía de Mussolini, publicado en 1965 con el título *Mussolini, il rivoluzionario*. Dichos convencimientos concernían fundamentalmente: a) la especie auténticamente revolucionaria y, por tanto, política y socialmente autónoma, del fascismo de los orígenes, como expresión de la movilización política de las clases medias emergentes (y no, como se solía pensar, decadentes, por estar comprimidos entre gran burguesía y movimientos proletarios de masa). Esto suponía una reconsideración de sus matrices socialistas y sindicales revolucionarias, así como el inserto del fascismo en el marco de los movimientos revolucionarios europeos de la primera posguerra; b) la distinción entre movimiento fascista revolucionario y régimen fascista, que pactó, gracias a la labor mediadora de Mussolini, con un amplio archipiélago de fuerzas sostenedoras del fascismo y también con las antiguas estructuras institucionales y burocráticas del Estado que habían apagado una vena revolucionaria capaz, sin embargo, de volver a aflorar en forma totalitaria al cambiar las circunstancias internacionales e internas (el segundo tomo del tercer volumen, publicado en 1981, fue titulado *Lo Stato totalitario. 1936-1940*); c) la capacidad del régimen de reunir a su alrededor un consenso difuso, aunque no a través de la libre lucha política (fueron muchos, en este sentido, los que vieron en el trabajo de De Felice una atenuación de los aspectos represivos y liberticidas del régimen), sino mediante un macizo y eficaz uso de la movilización y organización de las masas, sometidas al culto

de un líder carismático. El aspecto quizá más escandaloso de la tesis de De Felice consistía, en definitiva, en la afirmación, que posteriormente expresaría de forma cada vez más perentoria, del carácter «moderno» -**no** tradicionalista ni reaccionario- del fascismo y de la imposibilidad de interpretarlo fuera de las categorías ideológicas y político-sociales del 900. Por tanto, la historia del régimen, según la reconstrucción que De Felice hizo de ella, estaba marcada por la tensión entre la «modernidad» del fascismo y las resistencias de un contexto impermeable a los procesos de modernización: de la vida de Mussolini se ofrecía, pues, una representación semejante a la de las labores de Sísifo, labores casi totalmente frustradas por las invencibles permanencias del «viejo Estado conservador».

Sin embargo, el aspecto más débil y discutible de la metodología biográfico-historigráfica de De Felice estaba constituido por cierta contradicción, jamás resuelta, entre las deudas contraídas -**y** reconocidas- por el historiador hacia categorías analíticas procedentes de las ciencias sociales (como, por ejemplo, el concepto de movilización y modernización desarrollado por Gino Germani) y, por otro lado, la obstinada resistencia a concebir el fascismo como categoría general en la historia del 900. En este sentido, pese a algunas concesiones a las fórmulas tipológicas, De Felice dedicó mucha energía a la demostración de que el fascismo había sido un fenómeno totalmente «novecentesco», pero al mismo tiempo incomparable con otros semejantes fenómenos totalitarios (a no ser a través del análisis de las diferencias), incluido el propio nacionalsocialismo (lo que no significaba renunciar a investigar sus relaciones recíprocas, pero solamente dentro de su irreducible «diversidad»). De esta manera, sin embargo, la historiografía de De Felice quedaba desprovista de un esqueleto teórico, por un lado afirmando su radical alejamiento de las precedentes interpretaciones generales del fascismo, y por el otro juzgando inaplicables al fascismo modelos interpretativos como los de Nolte o Mosse, para citar dos estudiosos a los que estuvo personalmente relacionado. Su metodología corría el riesgo de quedar prisionera de la investigación documental, acabando por producir una historiografía en búsqueda de su teoría, lo cual De Felice intentó resolver inspirándose, al menos en las formas, en el filósofo católico italiano Augusto Del Noce, que constituyó uno de los máximos partidarios de la singularidad ideal del fascismo italiano en el panorama de los movimientos del siglo xx, aunque lo había leído en su dimensión transpolítica y metahistórica. Y quizá no sea ninguna

casualidad el hecho que un incansable explorador de archivos e investigador de documentos como Renzo De Felice acabara por encontrarse e interactuar con un intérprete de la modernidad analizada en sus fundamentos teóricos.

De género totalmente distinto fue la obra de relanzamiento y renovación de los estudios sobre el fascismo abierta por Guido Quazza, en clara contraposición con el trabajo de De Felice. También Quazza estaba convencido de que había llegado el momento de superar la historiografía de partido, como se aprecia en el volumen, publicado en 1975, *Resistenza e storia d'Italia*, que fue el más representativo de su línea historiográfica (cuyas ideas, por cierto, ya estaban resumidas en el ensayo *Storia del fascismo e storia d'Italia*, que constituía la introducción del volumen misceláneo de 1973 titulado *Fascismo e società italiana*); también Quazza indicaba las ambigüedades del paradigma antifascista, aunque en su opinión éste último ocultaba o subestimaba los factores de continuidad de clases e intereses dominantes, de estructuras administrativas y cuerpos del Estado, de prácticas políticas autoritarias y represivas que no solamente conectaban el régimen fascista a la Italia prefascista, sino que afectaban también el área del antifascismo y acabarían por caracterizar incluso la historia posterior al fascismo. Su línea historiográfica, por tanto, se desarrollaba en dirección opuesta a la de De Felice, dejando de contemplar el análisis de «i tratti più tipici del fascismo» en favor de su «rapporto con le forze operanti nella società italiana [...] in una prospettiva generale di lungo periodo» (*Storia del fascismo e storia d'Italia*, p. 8) y abandonando la idea de una dialéctica entre fascismo --como movimiento autónomo revolucionario- y fuerzas tradicionales conservadoras para centrarse en el estudio del fascismo «dentro la società italiana» y como parte orgánica de ella, aunque capaz de irregimentada y dominarla solamente a costa del empleo de la violencia organizada y, posteriormente, de un uso represivo del aparato estatal y de una política exterior agresiva e imperialista. Cabe destacar que el eje historiográfico de Quazza no era el fascismo, sino la cuestión de la Resistencia al fascismo, considerada como fenómeno espontáneo, pero también despojada de su cortina mítica y articulada en sus varias y contradictorias componentes (según una línea que posteriormente desarrollaría sobre todo Claudio Pavone). La perspectiva, adoptada por Quazza, de un estudio del fascismo dentro de la trayectoria histórica de la sociedad italiana proponía el desplazamiento de la investigación hacia la historia social y local, hacia los

movimientos populares y de clase -considerados en sus propias dinámicas y no mediante las lentes deformadoras de los partidos de izquierda-, hacia las necesidades y las mentalidades de las clases subalternas, hacia los aparatos del Estado y de las potencias económicas. El aspecto más discutible de esta línea consistía en cierta reducción del fascismo a los factores estructurales -**en** sentido general- que habían posibilitado su desarrollo y que lo habían llevado, y mantenido, al poder; sus principales consecuencias fueron, por un lado, el redimensionamiento de la singularidad del fascismo como fenómeno político y, por el otro, la resolución del fascismo a lo largo de toda la historia de Italia, hasta el punto que se llegó a atribuir a la historiografía sobre el fascismo el título, más bien arriesgado, de «esame di coscienza degli italiani».

6. Divididos en todo, De Felice y Quazza quedaban unidos, cada uno a su manera, a la tradición italiana de implante historicista: el segundo declarándose firmemente contrario a la «tendenza a costruire tipologie» mediante el uso de la antropología, de la psicología social y de la sociología; el primero con alguna que otra concesión a las ciencias sociales, pero siempre en el marco de una hostilidad, cada vez más fuerte conforme seguía con sus estudios, a la idea de reconducir el fascismo a «un unico comune denominatore», declarándose disponible, como mucho, a la construcción de una tipología muy flexible del fascismo. Los dos no podían prever el carácter penetrante que conseguirían las orientaciones socio-politológicas en los veinte años sucesivos, llegando a afectar también la historiografía sobre el fascismo, que adoptó de forma estable fórmulas conceptuales como «modernización autoritaria», «democracia totalitaria», «religión secular», «nacionalización de las masas», «integración corporativa». Incluso una parte importante de la historiografía italiana se resolvió a afrontar la tendencia internacional a la construcción de «modelos» y a recorrer -como escribía Mosse en su volumen *International Fascism*, publicado en 1979 y en seguida traducido al italiano- el camino hacia «una teoría general del fascismo» (de la que el autor ofrecía un perfil muy decepcionante). De esa manera, la historiografía italiana se desarrolló en un terreno de intersección entre las líneas teóricas abiertas en los años sesenta y la adquisición de métodos, muy corrientes fuera de Italia, relacionados con los modelos socioeconómico de la modernización capitalista, con el análisis politológico y teórico de las «formas políticas» del autoritarismo moderno, y, *last but not least*, con la extraordinaria difusión de la historia social y de las mentalidades *à la manière* de los «Annales».

Los núcleos temáticos que polarizaron a partir de entonces la investigación y la producción historiográfica fueron fundamentalmente la cuestión del «consenso» y de la ideología fascista, la estructura del Estado fascista, así como de los aparatos públicos y de partido, el problema de las relaciones entre modelo de desarrollo económico y social italiano, el papel desempeñado por el fascismo a nivel internacional (como modelo ideológico y estatal), con particular atención para sus vínculos con la Alemania nazista y con los regímenes autoritarios/fascistas europeos.

En cuanto al primer punto, el debate historiográfico se centró en la naturaleza, en la calidad y en los instrumentos del consenso fascista, así como en la llamada «organización del consenso»: ya sea en relación al papel de las instituciones y de los componentes sociales capacitados para ejercer una gran influencia en el *ethos* y en los comportamientos colectivos (como la Iglesia católica y sus organizaciones laicas, el mundo de la cultura y de los intelectuales, el tejido escolar y universitario, la prensa, la radio y el cine), ya sea en relación a la estructura del fascismo como sistema ideológico, que aunque muy compuesto y «mitopoiético», o tal vez justamente por esta razón, apareció a la nueva historiografía dotado de una extraordinaria fuerza de penetración debido a su capacidad de estimular el sentimiento nacionalista, la idea del «Estado nuevo» y las liturgias y simbologías de la fe fascista.

Por lo que se refiere al segundo aspecto, los estudios y los relativos debates se centraron en la alternativa entre Estado totalitario y Estado autoritario, reflejando un panorama heterogéneo que incluía los que, como Aquarone, veían en el Estado fascista la encarnación de un régimen profundamente marcado por los vínculos del tradicionalismo dinástico y clerical, que quedaban ocultados por la «dictadura personal» del *Duce*, y quienes, aunque no negaran la existencia de estos vínculos ni la función de bisagra de la dictadura de Mussolini, señalaban la persistencia, a lo largo de los veinte años del régimen, de una línea totalitaria profundamente nueva, en cuyo análisis no podía ser olvidado, como había ocurrido anteriormente, el papel desempeñado por el régimen fascista como medio de selección de las clases políticas, protagonista de una politización de masa y sede de aquella nueva religión de la que el fascismo constituía la encarnación histórica. Estrictamente relacionada con los estudios sobre las instituciones, el funcionamiento, la organización y la ideología del Estado fascista, destaca el nuevo interés para las estructuras administrativas -centrales y locales- y judiciales (de tipo ordinario y especial), para las instituciones militares, para

la monarquía de los Saboya y los círculos de la Corte, por ser todos protagonistas de un complejo juego de permanencias de larga duración y de dinámicas sectoriales en marcha por el régimen que consiguió reforzarse gracias a un cambio parcial de las clases dirigentes y a una potenciación autoritaria del poder ejecutivo más que mediante la reforma real del Estado.

El terreno de estudio más descuidado por parte de la precedente escuela historiográfica, con la parcial excepción de los sectores especialistas, había sido, por varias razones, el ámbito de las relaciones entre régimen fascista y transformaciones estructurales de la sociedad italiana (aparato productivo, modelo de desarrollo, movilidad social y territorial, repartición de las riquezas, estilos de vida). De qué manera y a través de qué modelos hubiese cambiado la configuración de la sociedad italiana a lo largo del período fascista y cuánto hubiese influido el fascismo en este cambio constituían preguntas sin respuesta, ya que necesitaban de un trabajo de investigación en varias direcciones, y al mismo tiempo, postulaban la creación de criterios capaces de organizar la inmensa cantidad de datos y cuestiones que conllevaría ese tipo de tarea. En este sentido, además de ser cuantitativamente relevante, la producción de estos últimos treinta años también ha supuesto un importante salto de calidad, es decir, que hoy en día la conformación de la Italia fascista y los procesos que han interesado el país se conocen mucho mejor que hace treinta años.

Por consecuencia se ha producido cierto consenso, al menos sobre algunos puntos relevantes. En primer lugar, se ha aclarado la configuración de clase del fascismo, ya que se ha ido debilitando y diversificando notablemente el paradigma que, a partir de la definición del fascismo como reacción burguesa, leía de forma determinista y linear la «auténtica» naturaleza de su política en campo económico y social. El hecho de que el fascismo ascendiera al poder tras la derrota y el desmantelamiento sistemático de las organizaciones del movimiento obrero y campesino (como quiera que se evaluaran las razones de dicho proceso) ya no producía, a nivel historiográfico, una proyección linear y, de alguna manera, obligada de sus actos: estos últimos, si por un lado correspondían a la idea de consolidación de ese «triumfo» —o, por lo menos, revancha— de clase, por el otro reflejaban el carácter diversificado y compuesto de los «ganadores». No voy a sacar la conclusión de que se ha llegado a una interpretación común de la composición de clase del fascismo (lo que fue causa de persistentes con-

troversias), pero sí se ha conseguido observar más a fondo la articulación de aquel «bloque histórico» (para emplear una expresión gramsciana) o de aquella convergencia de intereses, de clases y de grupos que constituyó la base del fascismo. Al esquema «bifronte» se han ido sustituyendo otros esquemas interpretativos mucho más sensibles a las dinámicas, a los equilibrios internos y a las relaciones recíprocas entre grupos sociales y económicos integrados, aunque en momentos diferentes y según distintas modalidades, en el régimen. En este punto se ha llegado incluso a conseguir cierto acuerdo a la hora de reconocer en el modelo corporativo del Estado fascista (p. 27).

Mucho más controvertidas han sido las respuestas a las interrogantes históricas específicas que afloraban de las líneas de investigación más innovadoras: la relación, por ejemplo, entre ruralismo e industrialismo del fascismo (con un progresivo desplazamiento del interés historiográfico hacia el segundo); los nexos entre poder político y poder económico (con una significativa discrepancia entre quienes veían en el fascismo la primera afirmación de cierto grado de dirigismo y la realización de la supremacía de lo político con respecto a lo económico y quienes, al contrario, insistían en la falta de autonomía de las orientaciones políticas); el carácter modernizador de la política económica del fascismo (donde entraba en juego, entre otras cosas, una distinta valoración del papel desempeñado dentro del fascismo por los grupos tecnócratas, especialmente en la creación de los entes públicos económicos en los años treinta).

Es interesante relevar cómo las controvertidas interpretaciones sobre la naturaleza del Estado fascista –es decir, de su mayor o menor connotación ideológica totalitaria–, sobre sus vínculos con las estructuras económicas, sobre la influencia más o menos innovadora de la política económica y social del régimen se hayan reflejado notablemente en el análisis de la política exterior, colonial e imperialista del fascismo. Este último constituye un sector de estudios que estuvo siempre poco frecuentado –investigado principalmente por los especialistas de historia diplomática– y que finalmente se ha convertido, en las últimas décadas, en uno de los más explotados gracias a las nuevas metodologías analíticas y bajo el impulso de la historiografía no italiana, que antes de la italiana había entendido la importancia de la dimensión internacional del fascismo. El propio De Felice dedicó un amplio espacio de su obra a este tema, y pese a dar una lectura de la política exterior del fascismo más «nacional» que imperialista o ideológica puso un

énfasis especial en la exigencia, por parte del fascismo italiano, de alcanzar cierta independencia con respecto a las grandes potencias, subrayando la escasa coherencia entre política interior y exterior del fascismo y evidenciando los elementos de permanencia heredados directamente de la Italia liberal. Otros estudios, en cambio, sin negar los factores de continuidad entre las componentes «nacionalistas» liberales y fascistas, han individuado en la política exterior y colonial del fascismo la proyección de sus impulsos totalitarios, de su línea constantemente agresiva y revisionista hacia el orden posbélico, y, finalmente, de los condicionamientos a los que el fascismo fue sometido por parte de los grandes grupos económicos y de sus relaciones internacionales. Dichos trabajos, sin embargo, también han sido capaces de evidenciar la distancia que separa el papel de gran potencia -cuyo ejercicio implicaba la creación de espacios hegemónicos en el Mediterráneo y en las áreas danubiana y balcánica paralelamente a la «fascistizzazione» de los sistemas políticos locales- de la persistente inadecuación de recursos materiales, tecnológicos y organizativos, elementos propios de una modernización que el fascismo proclamaba sin estar capacitado para cumplirla.

Resulta superfluo añadir que las dos grandes corrientes interpretativas llegaban a conclusiones contrapuestas en cuanto a las causas profundas que posibilitaron la alianza con la Alemania nacionalsocialista, así como la común participación en la guerra civil española, el definitivo «cambio de las alianzas» que acabó en la firma del Pacto de acero, y, finalmente, la intervención de Italia en la guerra. En un caso, se veía en estos acontecimientos la consecuencia de un itinerario histórico que, aunque tortuoso, estaba de alguna manera inscrito en los cromosomas del fascismo y cuyos elementos ideológicos comunes con el nacionalsocialismo (incluyendo la teoría y la práctica racista y antisemita) llegarían a tener una función de no menor importancia que la propia política de potencia; en el otro, la trágica unión con los destinos de Alemania estaba considerada como el fruto de un cálculo -más bien de un error de cálculo- que se basaba en una hipotética división de esferas de influencia entre estados y sistemas distintos, con el objetivo de constituir un nuevo orden europeo y que se vio favorecido por la ambigüedad -por no hablar de engaño- del «difícil» aliado.

7. Esta grande obra de investigación ha sido conducida, de forma amplia y capilar, en todos los aspectos, momentos, personajes e ins-

tuciones del fascismo (tanto a nivel periférico como nacional), permitiendo llegar por primera vez a una representación flexible y sin esquemas constituidos de antemano del perfil histórico de la Italia fascista. Desde este punto de vista las solicitudes y los «desafíos» lanzados, quizá con un exceso de provocación, por De Felice a finales de los sesenta respondían a reales exigencias de modernización de cánones ya muy consolidados y tuvieron un efecto fundamentalmente saludable. Si acaso, habría que preguntarse si, en conjunto, todo este inmenso trabajo no haya producido un exceso de fragmentación y, como decía al principio, cierto ofuscamiento del objeto de estudio, es decir, una dilución del problema «fascismo» en la cuestión más general de la historia italiana en una fase determinada, hasta llegar, como se ha dicho últimamente, a una «rappresentazione sintetica di un periodo particolare della società italiana» (De Bernardi). A esta corriente se han contrapuesto aquellos estudiosos, italianos y extranjeros, que han insistido en el carácter específico del fascismo, volviendo a presentarlo como objeto de estudio unitario y dotado de una identidad propia: me refiero, para citar dos historiadores pertenecientes a «escuelas» distintas, por no decir opuestas, a Enzo Collotti y Emilio Gentile. De todas formas, resulta evidente cómo, solamente en coincidencia con el florecimiento de estudios específicos, la época fascista haya entrado a formar parte con justo derecho (aunque bajo distintas perspectivas y con diferentes expresiones cronológicas) de historias de Italia más generales, hasta ocupar un espacio considerable (incluso como trabajos autónomos) y una posición de bisagra: desde la amplia obra publicada por Einaudi, al estudio, dirigido por el propio De Felice, para la editorial Il Mulino; desde la *Storia dell'Italia moderna*, de Giorgio Candeloro, hasta la voluminosa *Storia d'Italia*, dirigida por Giuseppe Galasso para Dtet, y los ejemplos podrían continuar.

Para terminar, no puedo omitir una breve consideración relativa al desarrollo de la historiografía sobre el fascismo de los últimos años. Simplemente quiero subrayar el progresivo desplazamiento de interés que ha llevado a los estudiosos a dejar la edad del fascismo triunfante para dedicarse a la época helica, al derrumbamiento del régimen y, finalmente, a la breve fase del fascismo renaciente, es decir, a la llamada república social, que había quedado excluida de las corrientes líneas culturales italianas; asimismo, quiero destacar la reanudación del debate, también en ámbito historiográfico, aunque principalmente político, sobre las causas, las modalidades y los efectos del repentino derrumbamiento

del régimen en 1943, sobre el sentido y los caracteres del neofascismo de Salò, y, al mismo tiempo, sobre la importancia y las dinámicas de la Resistencia y de la guerra de liberación. Resulta especialmente sencillo, y casi obvio, relacionar la reanudación del debate histórico sobre la salida de la Segunda Guerra Mundial (y, consecuentemente, del propio fascismo) con la real, o supuesta, crisis de la «primera» república, con la violenta puesta en discusión de sus fundamentos constitucionales y del sistema político que había acompañado su historia, y, finalmente, con la parcial o total revisión de juicios y de clima ideológicos que siguió (o tal vez precedió) la caída de los regímenes comunistas. Quisiera entonces limitarme a señalar cómo, una vez más, la historiografía sobre el fascismo haya constituido un termómetro de las variaciones y de las contradicciones que se han estado produciendo, a lo largo de estos años, en la vida pública y cultural, corroborando su función, jamás realmente abandonada, de sismógrafo de los fenómenos telúricos que se han ido manifestando en el subsuelo de las mentalidades colectivas. Es ésta la razón por la que, en mi opinión, las interpretaciones del fascismo siguen constituyendo un objeto de interés primario para la historiografía.